

Grimorio

El Sueño, un Presagio

Anoche tuve un sueño. Me iba a mudar a una casa grande, llena de objetos de cristal, transparente, rica, limpia, mía. Los dueños anteriores me contactaron y me dijeron que no lo hiciera, cosas oscuras habían pasado en ese espacio. Mi familia al enterarse me abandonó en el proceso, no estaban de acuerdo con que comprara el espacio y viviera rodeada de

tanto mal. Empecé a tener visiones de cosas horribles, la cama llena de sangre, el sótano con las paredes cubiertas de moho e insectos, tormentas de arena cubriendo las ventanas y volviendo todo oscuro, la comida descompuesta, podrida en la cocina, moscas en todas partes. Sin embargo, yo quería la casa.

Un día me dieron la llave para visitarla. Estaba segura de poder resignificar aquellos elementos y trabajarlos de alguna manera. Cuando estaba a punto de abrir la puerta se hizo de noche, giré la cabeza rápido, un ser cubierto en maleza me observaba. Lo supe sin que nadie lo dijera, Doña Muerte estaba a la espera.

Abrí la puerta velozmente, pero ella se acercaba y apareció de repente a mi lado. La empujé fuerte, apenas se movió. Entré a la casa y empecé a agarrar objetos para hacer de la puerta más pesada y que no pudiera entrar, pero Doña Muerte con un movimiento de manos tiró todo por el suelo y se abrió paso. Tomé un pedazo de vidrio y me acerqué valiente a ella. Lo sacudí en el aire hasta que sentí que la atravesé, pero el ser en frente mío apenas sintió rasguño y siguió avanzando hasta tirarme en el suelo.

Tuve un momento de claridad en ese instante, justo antes de despedirme de mi alma. No es justo, dije, no importa que tanto haga, nunca voy a poder escapar de ti o vencerte, eres más poderosa que yo. La muerte intentó hablar, pero yo la interrumpí y continué, ¿Cuál es el chiste de enfrentarme a ti si no hay posibilidad de ganar? La muerte se levantó y me invitó a una mesa, Escucha. Invocó a mi familia y las sentó a mi alrededor. Una a una empezaron a contar su historia, mis hermanas, sus padres, mis abuelos y los suyos. Su linaje cargaba fuerza, magia, rito, poción y libertad. Vi a mis ancestas a mis espaldas y entendí que no cargaba sólo conmigo, sino también ellas me llevaban y pisaban el mismo camino. Yo era parte de algo mayor.

Doña Muerte me miró, sus ojos antes oscuros y llenos de vacío, eran ahora amarillos, brillantes y profundos. Entendí sin necesidad de palabras, no hay lucha, y si hay, no es con ella. Doña Muerte me acompaña, me guía y me reza. Aquí soy eterna.

Cuando me levanté mi casa estaba llena de moscas. Llenaban el espacio en un baile frenético, formando espirales y haciendo vibrar el aire. Me senté a rezar rápidamente.

El sueño, un presagio. La muerte, Doña Muerte, está cerca.

CAPÍTULO I

ELIGE TU MUERTE

La hora de nuestra muerte

La muerte nos hace humanos, frágiles, vulnerables. La muerte nos desnuda, nos mueve, nos revive momentáneamente. La muerte nos enfrenta a todo lo importante, a todo lo que tememos

y debemos aferrar o soltar. Para encontrar la verdad, la magia, el potencial absoluto, el propósito, hay que llamarla y enfrentarla directamente. Se dice que lo único que no controlamos es el final, aquel que llega sin aviso e inexplicablemente. Sin embargo, ese día que me recosté, me encontré tumbada en un hueco y me vi cubierta de tierra, entendí que había elegido mi muerte.

Un llamado inescapable me jaló a ese instante, uno en el que creo que todavía vivo y muero.

Abrazada por barro, bajo el sol candente, cerré los ojos y abrí la boca. Tragué cada grano de arena. En mis oídos recibí el sonido del baile marrón y me dejé pisar fuerte por la gravedad.

Allí descansé con la paz que sólo puede dar el final. Existo aquí nada más, con la tierra que me duerme hoy, la misma que me parió y me vio crecer. Respiré sus gusanos, hormigas y escarabajos. Los dejé caminar sobre mi piel y convertir mis vellos en raíces, alimentarse de mi carne, beber mi saliva y orín.

Entendí mi cuerpo y su razón de ser. Entendí su expansión a través del aire, su elasticidad limitada, sus texturas suaves, rugosas; sus partes duras, secas, grasosas, mojadas, vacías, afiladas, apretadas, abiertas, cerradas, frágiles, complejas, fuertes, deformes, escondidas, desnudas, calientes, frías, contenidas, libres, fugaces.

Nada de esto es mío. Nada de esto es mío y, sin embargo, soy tan de ello. Abrí los ojos. Todos mis orificios estaban llenos de tierra. Con ella entraban los gusanos, hormigas y escarabajos; mientras me quitaban la tela que me cubrió cada amanecer, yo lloraba. Me sentí deshacerme y lloré mi propia muerte. Las lágrimas, como ríos, viajaron lejos.

Soy tan grande que estoy en todas partes, soy tan pequeña que quepo en todas ellas.

El tiempo que gocé en esta tierra me dediqué a investigar, entender y confirmar una cosa nada más. La confirmación de ella fue lo que me mató porque una vez la comprendí como verdad absoluta, se volvió inescapable. Esto fue lo que me mató. Así fue como morí:

Partamos de una noción: la palabra crea la realidad. Sin palabra que lo nombre, no existe, por eso el sonido que nos identifica es importante, por eso crear un sonido para identificar lo que existe, no sólo es necesario, sino fundamental para mantener una clase de orden.

El cerebro está diseñado para reconocer patrones, el primero que aprendemos es constante e inalterable. Primero sale el sol, es de día, luego se esconde y sale la luna, es de noche. Observamos alrededor, hay temporada de sequía y de lluvia. Hay macho y hay hembra. Hay tierra y agua. Hay depredador y víctima, grande y pequeño, saludable y enfermo, rápido y lento,

Ahí, en el lugar dónde soy tan grande que estoy en todas partes y tan pequeña que quepo en todas ellas, me libré de la palabra y me entregué a la nada.

Entonces dejé de ser humana, pues sin sonido que me identificara y palabra que me limitara, no existía ya nada que me encerrara y clavara en la realidad inventada. Morí. Cambié de piel. Salí del cuerpo que había entendido, y enterrada sin poder respirar me volví eterna. Este es el primer paso, el inicio, el ritual para cruzar el primer umbral. Aquel que piense que la consciencia está en la carne no puede transicionar y acceder a la energía de la *fuerza*. Antes de siquiera intentar vivir, usted debe morir.